

Permítaseme que yo, modesto militante revolucionario de un pequeño país, diga que ante los comunistas, como científicos y como revolucionarios, aparecen, acuciantes, muy grandes desafíos. Desafíos de la investigación, de la generalización científica, desafío de una praxis revolucionaria mundial, a veces insólita y siempre variadísima. Frente al mundo de hoy no hay recetas. Poseemos una teoría y un método y más de 60 años de experiencia revolucionaria muy rica. Con ello debemos trabajar con iniciativa creadora. No podemos quejarnos como Wagner en el drama de Goethe. ¿Qué decía este personaje? Si todo fuera leer página tras página...

En verdad, en esta hora de triunfos debemos comprobar ante una realidad que la misma revolución socialista ha promovido, que todavía nuestro trabajo teórico retarda. La teoría, siempre, según Lenin, retarda algo de la práctica. Pero yo me permitiré señalar algunos aspectos que, entre otros, son verdaderos retos a una mayor y más audaz elaboración teórica de nuestro movimiento.

Vías de desarrollo de la revolución contemporánea

Primero: La novedad siempre creciente de los desarrollos múltiples en el mundo de hoy, comprueba, en lo esencial, las teorías de Marx y Lenin, y el esfuerzo de los partidos comunistas, que por varias décadas han sido los únicos promotores de este amanecer maravilloso. Pese al enorme mérito de nuestra labor teórica y científica, la vida nos reclama una profundización y generalización teórica más vasta y audaz del multicolor curso de la revolución contemporánea: de sus vías de desarrollo, de la emergencia de imprevistas situaciones, de las funciones de las clases sociales, del papel de la intelectualidad, de las nuevas formas en que se mueve el mundo donde se ensancha cada vez más la zona de posibles aliados de la revolución. Vale estudiar la variedad de formas sociales entrelazadas, por ejemplo, la distancia y contradicción entre nuevas estructuras estatales y políticas de dirección socialista y el atraso económico milenario o la pervivencia de arcaicas relaciones sociales y familiares. Parece necesario un estudio más concreto de la praxis de la vía no capitalista de desarrollo pensada por Lenin, mucho más frente a un imperialismo que combina agresividad y violencia con perversos modos de penetración económica y financiera. En este friso gigantesco del cambio mundial se destaca —me parece— la singular problemática de América Latina, capitalista y dependiente —no "capitalista dependiente", como dicen algunos inventando un nuevo modo de producción— en la que se enlazan muy peculiarmente y en un solo proceso histórico —como lo prueba ya la praxis revolucionaria— cursos variados de las revoluciones democráticas y antimperialistas con la revolución socialista. Desde luego, en este caso, la principal exigencia teórica nos apremia a los latinoamericanos.

Formas actuales de desarrollo del capitalismo

Segundo: Parece indispensable un estudio más sistemático de las formas actuales de desarrollo del capitalismo, particularmente en la fase del capitalismo monopolista de Estado. Marx nos legó un estudio acabado de la formación económico-social capitalista. Expuso sus leyes de desenvolvimiento, el secreto de la acumulación en función del trabajo no pagado del obrero, la concentración y centralización del capital en manos privadas, mientras se acrecienta sin cesar el carácter social de la producción, etcétera. Demostró la historicidad de ese régimen, su condena inexorable y su sustitución por el socialismo a través de la revolución proletaria. El estudio de Marx en *Crítica de la Economía Política*, en *El Capital*, *Grundrisse*, y otros trabajos, es el fundamento ve-

rificado de toda comprensión científica del funcionamiento del capitalismo y sus leyes de desarrollo. A partir de ahí, Lenin definió científicamente la fase imperialista, las modificaciones monopolistas y las relaciones internacionales que el imperialismo apareja. Sobre esas premisas asentó la teoría del proceso revolucionario mundial. Lenin llegó a estudiar los comienzos del capitalismo monopolista del Estado, como fase del período imperialista. Hoy, el capitalismo monopolista de Estado es fase dominante en los grandes países capitalistas, incluso se organiza en los tres grandes centros del capitalismo mundial. Y procura desarrollarse en variadas formas en un mundo donde el socialismo rige una porción importante del planeta y en donde estalló el sistema colonial. Las nuevas manifestaciones de la internacionalización del capital y de la transnacionalización de los monopolios, las formas más novedosas de la penetración y la opresión imperialista, las variaciones en el papel del capital financiero, las peculiares ensambladuras de los monopolios y el Estado, los nuevos rasgos de las crisis económicas dentro de la crisis general del sistema, las repercusiones de la revolución científica y técnica en el marco del capitalismo monopolista de Estado... En fin, podríamos seguir. Toda esta nueva problemática, que ya tiene importantes antecedentes de estudio científico en países socialistas y en trabajos marxistas, reclama evidentemente un análisis crítico e investigador de todo nuestro movimiento, ya que de ese examen pueden derivar, incluso, conclusiones de carácter estratégico. Parece que un trabajo de esta índole promueve cuestiones no solo acerca de la base económica, sino muy particularmente respecto a todo el campo de las superestructuras, sobre todo en cuanto a la función del Estado, al carácter actual de su máquina burocrático-militar, así como de los llamados "aparatos ideológicos de dominación", hoy responsables de la manipulación alienante de la opinión.

Problemas estructurales de la clase obrera

Tercero: Estimo obligatorio continuar el estudio de los problemas estructurales de la clase obrera. Es indiscutible que la función histórica que Marx asignó al proletariado ha tenido plena confirmación. Todo lo que se ha escrito acerca de una presunta reducción de su número y papel, en la producción, o de su adaptación al capitalismo, como escribieron algunos teóricos de la escuela de Frankfurt, carece de realidad. A la luz de las cifras, como de toda la investigación sociológica, se verifica que la clase obrera crece numéricamente, afirma su función creadora en la producción y aparece más que nunca como fuerza rectora del cambio revolucionario. Pero la clase obrera actual no es igual a la inglesa del siglo XIX que Engels examinara, siquiera igual a la anterior a la segunda guerra mundial. Se modifica en función de las nuevas formas de explotación y de la tecnificación constante de la producción. Su relación con la máquina, la técnica y la ciencia, es otra, aunque esa nueva relación ilustra, obviamente, lo que Marx previera en *Grundrisse*, el célebre y valioso borrador de 1857-1858. Pero, a la vez, se multiplican en número y variedad los asalariados; junto al proletariado y víctima de la explotación de los monopolios aparecen técnicos, cuadros, científicos, trabajadores y sabios de grandes centros de investigación, a veces adjuntos de los monopolios gigantes. La misma miseria de la clase obrera toma otras formas, no iguales que la miseria negra superviviente en el llamado Tercer Mundo. El papel de los científicos, técnicos, intelectuales diversos, ensancha el potencial campo de la revolución, a la vez que se reduce numéricamente el campesinado y la población rural en conjunto, que sin embargo sigue siendo una fuerza motriz de la revolución. Estos fenómenos y otros se señalan problemáticamente en momentos en que el reformismo pervive

Los desafíos de la teoría y acción

como fuerza de gran influencia en la clase obrera de los países imperialistas de Europa o como tradeunionismo acéfalo en Estados Unidos. En un mundo todo él maduro para el socialismo los factores subjetivos parecen en singular retardo en algunos países capitalistas desarrollados respecto a las tendencias objetivas de la realidad. ¿Es que la revolución socialista es un anacronismo en los países imperialistas? Pensamos que no. Pero es evidente que de esta realidad surge un desafío al pensamiento teórico y a la labor política, a la praxis revolucionaria en conjunto.

La variada explosión protestataria

Cuarto: La crisis histórica del capitalismo, enlazada a las crisis económica, financiera, ecológica, moral, etcétera, se manifiesta también —en las sociedades capitalistas desarrolladas— como una variada explosión protestataria de amplias masas de la población. Insurgan los jóvenes, reclaman derechos movimientos feministas, se perfilan como tendencia los ecologistas; en la literatura y el arte se reflejan y refractan las más complejas negaciones. Como conjunto es una protesta, revestida en algunos casos de formas alienadas, pero es un rechazo de

El 19 de abril de 1983 se realizó en el "Carlos Marx" del PSUA, una conferencia titulada por el autor *Marx y los desafíos* capítulo II que lleva el título de la I

y no basta con señalar las insuficiencias del feminismo; es necesario hacer de los derechos de la mujer, con formas nuevas, una bandera de la revolución. Hasta la religión aparece con nuevos aderezos, con su viejo núcleo fantasmagórico y alienante, pero también ostentando la impronta de la conmoción social; allí también el diablo de la lucha de clases metió la cola. La revolución de nuestro tiempo es más original y complicada de lo que pensábamos. Sobre todo, es más difícil la ocurrencia de hacer superar al proletariado y demás trabajadores de los países imperialistas, las trabas ideológicas del reformismo. Como de otra manera sucede con las religiones y hasta con el fetichismo en Asia y Africa. En la historia no obra ningún fatalismo mecánico; hay que hacer la revolución socialista o antimperialista, con masas que pueden ser creyentes o que hasta hoy están enajenadas ideológicamente.



las alienaciones del capitalismo imperialista. Diferente ocurre en América Latina donde estudiantes e intelectuales, la rebelión juvenil y hasta las ricas manifestaciones de la canción y la música popular, se integran o confluyen al gran caudal revolucionario, o andan a sus flancos.

Es evidente que asistimos a un ensanchamiento del campo de fuerzas que repudian o se levantan, más o menos confusamente, contra la civilización capitalista, contra su explotación, su hipocresía, el imperio del consumismo y las manipulaciones ideales y políticas. Hace crisis la situación de la mujer

Filosofía y ciencia

Quinto: Hablando otra vez de la revolución científica y técnica; la ciencia, como decía Marx, es hoy una fuerza productiva directa, pero al mismo tiempo crece como nunca la ciencia teórica, es decir, que no se absorbe totalmente en la definición estricta de fuerza productiva. En este terreno se perfila como más exigente la determinación de las relaciones entre la filosofía y la ciencia. Como plantea Engels en *Ludwig Feuerbach*,

e la época a revolucionaria

Berlín, en la Escuela Superior
de Ciencia de Rodney Arismendi,
los años de la época. Publicamos el
nota que sigue.

es menester sintetizar los resultados de todas las ciencias en sus aspectos más generales para que cada ciencia empírica se transforme en saber teórico. Yo diría, para que la ciencia y la filosofía no se divorcien, para que no sea verdad la consigna del neopositivismo de que cada ciencia tiene en sí su filosofía, pero tampoco para que volvamos a formas especulativas y que el filósofo, con falsa invocación al materialismo dialéctico, quiera ponerle un corsé al laboratorio y a la investigación.

Si el amanecer del capitalismo trajo el descubrimiento de América y cambió la perspectiva del hombre, la época del tránsito del capitalismo al socialismo viene acompañada de todos los "milagros": se incursiona en el Cosmos, se desenvuelve la física de las partículas, nacen nuevas ciencias, la renovación tecnológica es inenarrable; como nunca el hombre aparece en su papel de transfor-



mador, de productor. Con las actuales fuerzas de dominación de la naturaleza podríamos resolver los problemas vitales. Pero la ciencia vive en un mundo dividido de la lucha de clases nacional e internacional. En una de sus partes, la ciencia crece en los institutos pagados por las trasnacionales, el Pentágono y la CIA. Pero éstos piensan solo en la ganancia, en las absorciones imperiales, en la amenaza nuclear que puede destruir la humanidad. No hay una ciencia proletaria y otra burguesa, pero hay una ciencia que florece en el socialismo y otra ciencia servilizada por el imperialismo. Lenin nos

enseñó a aprender de todos los científicos más allá de su ideología. Y esto es así. Pero asimismo la lucha por la supervivencia de la humanidad, por la paz, es más amplia y capaz de congrega a todas las fuerzas progresistas. Es un gran dilema actual. Este dilema no oculta, sin embargo, que el único encuentro de la aventura científica con el servicio del hombre lo ofrece el socialismo, es decir, la revolución socialista.

El marxismo como eje de la cultura contemporánea

Sexto: Pienso que también en el terreno cultural surgen nuevos problemas que están retando a la audacia intelectual y la iniciativa de los comunistas.

El marxismo es sin duda el eje espiritual de nuestra época; todo lo mejor en la ciencia, la literatura y el arte, se integra en este eje o gira como una constelación en torno a él. Comprender esto no es creer que la cultura en todas sus manifestaciones se reabsorbe esquemáticamente en el marxismo y el comunismo. Es como una constelación contradictoria —repito la palabra— cuyo eje es el socialismo, pero en torno al cual giran los frutos de las revoluciones nacionales y democráticas, de las investigaciones científicas, de las búsquedas literarias y artísticas,

de las inquietudes progresistas de la humanidad.

Alguna vez he dicho que persisten ciertos elementos de aislamiento de la cultura socialista y de la elaboración cultural de los comunistas respecto al conjunto de esta constelación y respecto al complejo de la mejor cultura contemporánea. El marxismo-leninismo se enriquece por su autónoma creatividad, pero también por la interacción dialéctica, crítica, con toda la investigación científica, con todas las manifestaciones auténticas de la cultura moderna. En particular, con la variadísima floración artística y litera-

ria, cultural, incluso con las formas de renacimiento nacional de las antiguas colonias y semicolonias.

Debemos recordar lo que Lenin decía en *Qué hacer*:

"La conciencia de las masas obreras no puede ser una verdadera conciencia de clase si los obreros no aprenden, basándose en hechos y acontecimientos políticos concretos y además actuales, a observar a cada una de las otras clases en todas las manifestaciones de su vida intelectual, moral y política, si no aprenden a hacer un análisis materialista y una apreciación materialista de todos los aspectos de la actividad y de la vida cultural de todas las clases, sectores y grupos de la población".

El marxismo fecunda la realidad de la cultura contemporánea, pero ello ocurre en un proceso múltiple, que exige una relación dialéctica viva, de crítica y asimilación, con todos los mejores frutos de la cultura universal. Esto es muy peculiar en el arte y la literatura. Estos son sin duda un reflejo social, están impregnados de ideología, tienen que ver directa o indirectamente con la lucha de clases, pero a la vez son estrictamente una creación individual.

Siempre fue peligrosa la reducción sociológica —ajena a Marx, Engels y Lenin— del arte y la literatura. Para darnos respuestas específicas en el campo propiamente de la estética, no basta siquiera la gnoseología del arte. Siempre fue una vulgarización del marxismo la tentativa de derivar de que el capitalismo está históricamente en decadencia, un juicio estético de decadentes para muy grandes cultores del arte y la literatura. Los viejos comunistas recordamos que ya Plejánov en *El arte y la vida social* consideraba decadentes a los impresionistas, y sin embargo la historia de la pintura siguió adelante. Y grandes renovadores volcaron su empeño en las áreas de la revolución y en la inquebrantable solidaridad con la Unión Soviética. Conviene preguntarnos: ¿por qué Picasso? ¿Por qué Bertolt Brecht? ¿Por qué Paul Eluard o Aragón? ¿Por qué Neruda? ¿Por qué Mayakovski. Siqueiros o Rivera modificaron las formas y dimensiones de la pintura, de la poesía o del teatro y fueron militantes comunistas? Pueden multiplicarse los ejemplos.

No es correcto que la revolución socialista y el movimiento proletario deban aparecer como antagonizados con las búsquedas artísticas y literarias. Claro está, los comunistas preferimos que los artistas y escritores participen con su obra en la creación heroica de la revolución. Entre otros antecedentes, en la nueva Alemania, se insertan Kokoschka y los expresionistas, aunque ésta se exprese más acabadamente en Nagel o Hans Grundick o en las múltiples búsquedas de la actual floración cultural del socialismo triunfante.

En América Latina, la literatura y el arte —la mejor literatura y el arte— ya no son solo espejos de la revolución, como decía Lenin de Tolstoi, son también factores activos del gran cambio revolucionarios al que asistimos. No solo porque los mejores escritores y artistas militan en la izquierda, sino también porque en forma ricas y creadoras dan nacimiento a un nuevo realismo que directa o indirectamente integra la dinámica trasfor-

madora del continente. En la Cuba revolucionaria, hombres como Lam, han vivificado las originarias técnicas surrealistas con la expresión del alma de un Caribe convulso; se han puesto al servicio de la revolución. No ha sido ésta una actitud casual de artistas más o menos geniales. Es el mismo proceso que en su tiempo alineó a los muralistas mexicanos y corresponde al gran ejemplo que da la narrativa actual de América Latina. Europa capitalista —siempre tan eurocentrista— despierta un día enterándose que un nuevo Premio Nobel se asigna a América Latina; se trata de Gabriel García Márquez, amigo de Cuba, solidario con nuestras revoluciones, fundador de un instituto de solidaridad con los perseguidos del fascismo y best-seller en varios continentes. Sin simplismos forzados, ni gruesas acotaciones políticas, García Márquez, con otros componentes de la narrativa latinoamericana, apresan en la forma peculiar de la gran novela y el cuento, el drama de un continente en llamas. Los críticos llaman a esta nueva literatura latinoamericana "realismo mágico" o "realismo maravilloso"; con sus elementos "mágicos" esa literatura es parte sustancial de nuestra revolución.

Historiografía del movimiento comunista

Séptimo: Pensamos que es necesario afrontar con mayor audacia la historiografía del movimiento comunista. La historia de nuestro movimiento es una empresa gloriosa. Es la columna vertebral de la grandiosa transformación del hombre y de las cosas; es una historia de mártires, de heroísmos, de forja de cuadros excepcionales y caracteres hermosos y poderosos. Durante esa épica, a veces cometimos errores; aquí sí que digo bien en plural: cometimos errores. Soy comunista desde la adolescencia, por lo tanto cometí errores propios o compartí errores de mi partido o de todo el movimiento comunista internacional. Pero nuestra historia es gloriosa y básicamente triunfante, no necesitamos por tanto una historiografía maniquea, en blanco y negro, nos alcanza con describir la historia real. Son tantos los méritos históricos de nuestro movimiento que no tememos mirarnos a la cara en el espejo, apuntando incluso nuestros propios errores. Además, si no lo hacemos nosotros falsificarán esa historia nuestros enemigos. Toda la fama del profesor Carr consiste en su pertinaz presentación de relatos seudobjetivos sobre el comunismo y la Internacional. En el fondo, como es moda incluso en algún sector de nuestro movimiento, presentarán los anales del comunismo como un itinerario de errores y tragedias. Lo hacen así por sistema los publicistas de la socialdemocracia, para limpiar su pasado y no afrontar las obligaciones de su presente.

Escriben una historia maniquea al revés. Tergiversan todo: desde la descripción de la revolución de octubre hasta la resistencia europea, desde la construcción del socialismo hasta la presentación de la lucha política actual. Lo malo es que a esa faena de falsificación o de caricatura, contribuyen a veces ciertos presuntos renovadores que sepultan allí su propia identidad de comunistas. Pero tenemos que tener conciencia crítica que a ello, indirectamente, contribuyen también nuestras inhibiciones. Marx decía que las revoluciones contemporáneas se diferenciaban de las del pasado por hacer su permanente autocritica. Y Lenin señalaba, que si en vez de uno cometemos diez mil errores en el camino histórico de modificar milenios de explotación social, estos errores son explicables. Debemos rechazar la autosatisfacción beata, necesitamos exigimos a nosotros mismos. Una gran parte del mundo sigue en manos del imperialismo. La guerra amenaza. Los pueblos surgen contra el imperialismo por múltiples caminos. Solo nosotros podemos congregarlo. Para ello tenemos que superarnos. Tenemos que exigimos, tenemos que afirmar en la práctica, que la teoría de Marx es por esencia crítica y revolucionaria, como indicaba Lenin.

